



**LA PROMESA COMO FACULTAD DE ENSEÑORAMIENTO Y UN CRITERIO DE  
OBRAR MORAL EN NIETZSCHE**

**MONOGRAFÍA DE GRADO**

**PRESENTADA COMO REQUISITO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE FILÓSOFO**

**MARCEL HANSEN DÍAZ**

**ASERORADO POR:**

**SANDRA LORENA HIDALGO ARANGO**

**UNIVERSIDAD DE CARTAGENA**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS**

**PROGRAMA DE FILOSOFÍA**

**CARTAGENA**

**SEMESTRE I, 2019**

## Tabla de Contenido

Introducción .....	3
Primer capítulo: relación de la promesa con el lenguaje .....	6
1.1 Construcción de los conceptos y verdad a partir del lenguaje .....	7
1.2 Construcción del conocimiento por parte de la ciencia.....	15
1.3 Construcción del conocimiento universal filosófico .....	21
Segundo capítulo: Relación de la promesa con la moralidad .....	26
2.1 La relación de la memoria con el olvido como condición de la vida en sociedad .....	27
2.2 Eticidad de las costumbres .....	33
2.3 Olvido civilizatorio .....	35
2.4 La promesa como enseñomiento de sí.....	38
Tercer capítulo: olvido y promesas, fuerzas Activas y reactivas .....	42
3.1 Fuerzas activas y reactivas .....	43
3.2 Forma activa y reactiva del olvido .....	46
3.3 Forma activa y reactiva de la promesa .....	47
Conclusiones .....	50
Bibliografía .....	55

## Introducción

En la obra del filósofo alemán Friedrich Nietzsche se encuentra una idea que no ha sido profundizada, la cual hace referencia al tema de la promesa, entendida como la facultad del hombre de comprometerse con sus semejantes. Así, lo deja ver Nietzsche en la primera línea del segundo tratado de *La Genealogía de la Moral*, al afirmar que para la vida en sociedad se requiere “Criar un animal al que le *sea licito hacer promesas*” (Nietzsche, 2000b, p. 65) De esta manera Nietzsche introduce la promesa como facultad humana y como un mecanismo por medio del cual los seres humanos nos educamos para empeñar la voluntad en un futuro para dar cumplimiento a lo enunciado en el presente, poniendo con ello de manifiesto la naturaleza intrínseca de la promesa: Hacerse a sí mismo a una capacidad que permita comprometer la voluntad en la realización de una acción futura.

En ese sentido, el presente trabajo propone rastrear en la obra de Nietzsche el desarrollo que da este autor al tema de <la promesa>, desde su concepción lingüística, pasando por la relación existente entre la promesa y la moral, para finalmente ser vista como una facultad que propicia lo que el filósofo ha denominado <Enseñoramiento de sí>, esto es, la capacidad que conlleva la promesa para que el hombre sea dueño sí mismo, a partir de la capacidad de cumplir lo prometido no por temor al castigo o por la esperanza de recompensa. Este último elemento es propio de la autonomía moral, de ahí que el recorrido propuesto transite desde la evaluación de la promesa como un acto constrictivo y su relación con las costumbres y valoraciones sociales, hasta ver en ella –en la promesa- una capacidad afirmativa del hombre.

Para alcanzar el objetivo trazado en el presente trabajo, en primer lugar, se aborda la relación entre la promesa y el lenguaje, ya que, de acuerdo con los planteamientos de Nietzsche, la

enunciación de promesas solo es posible si previamente se ha aceptado el lenguaje conceptual y toda la carga de significaciones que implica llamar a las cosas de acuerdo con el uso social establecido. En otras palabras, para Nietzsche la promesa solo es posible si el hombre realiza una labor de renuncia a los datos sensoriales subjetivos en favor de las generalizaciones propias de los nombres y de los conceptos. La realización de este análisis es importante porque muestra que cuando el hombre acepta como verdaderos los conceptos contruidos socialmente, y en la medida en que hace un correcto uso de éstos, puede ser considerado veraz y confiable, es decir un hombre capaz de comprometerse a sí mismo lingüística y socialmente, un hombre capaz de prometer.

Una vez se haya mostrado la génesis de la promesa a partir de su relación con el lenguaje, se analizará la exposición que realiza Nietzsche sobre el origen de la memoria como un producto del endeudamiento de la palabra y en consecuencia de la capacidad para enunciar promesas. Así, desde la propuesta del filósofo, la memoria sería una facultad construida por el hombre para conservar y retener aquello con lo cual se comprometió lingüísticamente. Este aspecto es importante para el desarrollo de la segunda parte del trabajo, ya que para Nietzsche es a partir de la creación de la memoria que le es dado al hombre trasladar la capacidad de comprometerse lingüísticamente a comprometerse moralmente. Esto es, la capacidad de enunciar juicios de valor y la capacidad de llevarlos a cabo en favor de la sociedad y en detrimento de los instintos subjetivos, una vez se haya realizado una promesa. Es importante destacar que en esta parte del trabajo también se analizará la contrastación que entabla Nietzsche entre la naturaleza de la memoria y la del olvido, ya que para este filósofo se trata de facultades concomitantes y necesarias para el desarrollo biológico del ser humano.

Finalmente, del análisis adelantado por Nietzsche entre la relación <memoria-olvido> se desprende el aspecto propositivo de la propuesta nietzscheana en torno al papel de la promesa como capacidad de <enseñoramiento>, merced a que, de acuerdo con los planteamientos de este autor un rasgo distintivo de la soberanía de sí es la capacidad de hacer promesas y llevarlas a cabo, así como también la capacidad de ejercer la capacidad de olvido como una facultad activa. De ahí que en la parte final del trabajo se relacionen los elementos precedentes con las características que Nietzsche le otorga al hombre que es dueño de sí mismo, a saber: la expresión del enseñoramiento de sí como medida del actuar moral.

## Primer capítulo: Relación de la promesa con el lenguaje

Este primer capítulo aborda lo concerniente a la concepción de lenguaje como una herramienta que utiliza el hombre para la prescripción de la realidad por medio de las metáforas, ya que desde Nietzsche se empieza concebir el lenguaje no como una simple descripción de la realidad. En los textos *Sobre Verdad y Mentira en Sentido Extramoral* y *La Genealogía de la Moral* se coloca de manifiesto el dinamismo del lenguaje. En el sentido que el lenguaje no solo se limita a dar una relación entre la palabra y el significado que se designa otorgando forma a los conceptos, sino que además el lenguaje está en constante evolución por el uso continuo de nuevas metáforas para dar forma a los conceptos que reflejen una utilidad en un momento histórico. En otras palabras, de acuerdo al lenguaje conceptual utilizado se prescribe al hombre en una realidad concreta.

Ahora bien, este ejercicio de la creación de metáforas surge por la necesidad de nombrar lo que se muestra (aparición) o las experiencias, y de este nombramiento, ocurre que el hombre le proporciona a la realidad un carácter antropomórfico, es decir, realiza una atribución arbitraria en cuanto intenta la aprehensión del mundo natural a través de las metáforas. En ese sentido, la visión de Nietzsche sobre el lenguaje cobra vigencia, pues desde esta noción se utiliza al mismo como herramienta para llevar a cabo una relación de adecuación entre el mundo y el nombre que se le designa por medio de las metáforas. En consecuencia, el hombre en función de hacer un correcto manejo de dichas adecuaciones utilizando como vehículo el lenguaje compromete su voluntad y responsabilidad se deduce que el individuo al comprometer su voluntad realiza una promesa para emplear dichas adecuaciones con los demás miembros de la sociedad.

También se muestra la construcción del conocimiento desde de la ciencia, la cual está entrelazada con la concepción de razón como el eje rector de toda la adquisición de conocimiento. En esa medida, se dejan de lado las sensaciones o percepciones individuales en pro de construir un mundo que gira en torno a la razón y la creación de concepto por medio de la generalización de dos o más sensaciones particulares. Además, se aborda cómo desde la ciencia se construye un conocimiento a partir de la clasificación, jerarquización, sistematización y estandarización de un conjunto de sensaciones similares organizadas en grados de complejidad y a partir de esto cobran importancia. De esto, surge una verdad con la pretensión de ser intemporal, y permite a la ciencia la construcción de un sistema de conocimiento puramente racional. Por ende, se tiende a olvidar la singularidad de cada experiencia o percepción para aceptar un único criterio unificador. Esto sugiere que el hombre sólo se limita a una mera relación entre la realidad y el concepto que se le designa por medio de un particular uso del lenguaje (lenguaje conceptual) empleado por la ciencia, en esa medida, también se niega el carácter de transitoriedad del lenguaje.

### **1.1 Construcción de los conceptos y verdad a partir del lenguaje**

El lenguaje dentro de la filosofía de Nietzsche juega un papel preponderante, pues se concibe como una herramienta que le ha permitido al hombre construir una segunda naturaleza enteramente simbólico-conceptual, creando así una realidad maleable, calculable y predecible en la que no estamos a merced de las fuerzas de la naturaleza la cual resulta hostil. En ese sentido, el lenguaje permite antropomorfizar y reducir la naturaleza a la medida humana. En palabras de Nietzsche (2000):

[...] Si doy una definición de mamífero y a continuación, después de haber examinado un camello, declaro: “he aquí un mamífero”, no cabe duda de que con ello a la luz una nueva verdad, pero es de

valor limitado; quiero decir; es antropomórfica de cabo a rabo y no contiene un solo punto de “verdadero en sí”, real y universal, prescindiendo de los hombres. El que busca tales verdades en el fondo solo busca la metamorfosis del mundo de los hombres; aspira una comprensión del mundo en tanto que cosa humanizada y consigue, en el mejor de los casos, el sentimiento de una asimilación. [...]. (p.5)

Ahora bien, el lenguaje desde la perspectiva de Nietzsche es un ejercicio de metaforización, es decir, se fabrican metáforas para representar las sensaciones y la realidad. En esa medida, a través del lenguaje ocurre una traslación del sentido, ya que en la realidad no hay distinciones sino una multiplicidad de cosas existentes (caos) y el lenguaje proporciona un sentido a la realidad. En últimas, unifica el criterio de las cosas. Esto significa que el lenguaje expresa la realidad en términos metafóricos, y además se utiliza para reemplazar o sustituir la experiencia y lo que llamamos “la cosa en sí” que está por fuera del alcance del lenguaje pues pertenece al mundo de las sensaciones, de ahí la necesidad de superponerle una palabra que represente no solo una experiencia sino un conjunto de experiencias semejantes que se generalizan a través de los conceptos. Pues siguiendo a Nietzsche (2000):

[...] Todo lo que eleva al hombre por encima del animal depende de esa capacidad de volatizar las metáforas intuitivas en un esquema; en suma, de la capacidad de disolver una figura en un concepto. En el ámbito de esos esquemas es posible algo que jamás podría conseguirse bajo las primitivas impresiones instintivas: construir un orden piramidal por castas y grados [...]. (p. 4-5)

El concepto tiene su génesis en la asociación de dos o más sensaciones semejantes, y como resultante de esta unificación nace la palabra. Dicho de otra forma, las palabras son configuraciones de las experiencias colectivizadas, pues siguiendo a Nietzsche (2000) al afirmar que:

Toda palabra se convierte inmediatamente en un concepto en cuanto no ha de servir para la experiencia singular y completamente individualizada a la que debe su origen, por ejemplo, como recuerdo, sino que debe encajar al mismo tiempo con innumerables experiencias, por así decirlo, más o menos similares. (p.3)

Mejor dicho, a través del concepto se estatiza el sentido de la realidad, puesto que el concepto busca clasificar y fijar un orden. Pero ¿qué es una palabra? (Nietzsche, 2000) la palabra se concibe como una mera reproducción de sonidos que tiene origen en un impulso nervioso el cual es traspasado a una imagen mental que guarda relación con el sonido que se emite, pues “[...] el impulso nervioso es extrapolado a una imagen! [...] La imagen transformada de nuevo en sonido” (Nietzsche, 2000, p. 3) lo cual muestra que, el hombre identifica un concepto a través de la articulación de los sonidos que generan a su vez una representación mental del sonido emitido, bien entendido, en Nietzsche se comprende que hay una asociación de la palabra con la representación mental que se tiene de ella.

Hasta aquí se entiende que el concepto surge de la eliminación de las singularidades perceptuales de cada hombre para favorecer la creación de un conocimiento. Aunque el proceso de creación del conocimiento trae consigo una pérdida, a saber, del surgimiento de un concepto implica el olvido de lo particular e individual de una experiencia, puesto que:

[...] la omisión de lo individual y de lo real nos proporciona el concepto del mismo modo que también nos proporciona la forma, mientras la naturaleza no conoce ni de formas ni de conceptos, así como tampoco de géneros, sino solamente una x que es para nosotros inaccesible e indefinible. (Nietzsche, 2000, p.4)

Es decir, el concepto por ser invención meramente humana es arbitraria, ya que en la naturaleza no hay tales distinciones que el hombre realiza sirviéndose del lenguaje, y el concepto

estatiza el sentido de las cosas pues ostenta la característica de ser inamovible. En otras palabras, la aparición de un concepto lleva consigo una pretensión de universalidad, y el lenguaje por sí mismo no alcanza la total aprehensión de las sensaciones y la realidad, por esta razón, brinda únicamente una representación artificial.

Por otra parte, el concepto además de ser la sumatoria de sensaciones aproximadas unas de las otras, para encontrar su justificación necesita ser equiparado con otro, dado que a partir de la comparación encuentra su utilidad y validez. En ese sentido, el concepto permite la adecuación entre la cosa y el nombre que se le designa, pero se debe tener en cuenta que la creación de un concepto es arbitraria, ya que como se ha sostenido desde Nietzsche se entiende que en la naturaleza no existen diferenciaciones, no se dan distinciones de género y el hombre, en su afán de dar una regularidad y dar origen a la verdad, fija un sentido de la realidad, pues:

[...] En este mismo momento se fija lo que a partir de entonces ha de ser “verdad”, es decir, se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el poder legislativo del lenguaje proporciona también las primeras leyes de verdad. (Nietzsche, 2000, p.2)

Es decir, esta designación de los conceptos sobre la realidad permite al hombre comprenderla y coexistir con ella, pues a través de los conceptos establece una regularidad que facilita la interacción con el mundo el cual le resulta hostil. Quiere decir que, a partir de la fabricación de los conceptos, el hombre genera conocimientos que le permiten otorgar un sentido a la realidad.

Ahora bien, esta adecuación entre el concepto y la cosa que se le designa lleva consigo un criterio de unificación de dos o más sensaciones, es decir, para dar forma a un concepto se unifica bajo un mismo criterio cierto número de sensaciones o experiencias más o menos parecidas. En paralelo se olvida deliberadamente la particularidad de cada una de las sensaciones

para favorecer la creación de un concepto por medio del lenguaje, y así dar origen a la verdad.

Pero ¿qué es la verdad? Pues:

Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismo, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas poética y retóricamente, y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora consideradas como monedas sino como metal.

(Nietzsche, 2000, p.4)

En ese sentido, la verdad es el resultado de la unificación del conjunto de metáforas las cuales han perdido su valor, su carácter único y particular favoreciendo la creación de las regularidades dentro de un cuerpo social. En otras palabras, articular un orden, ya que a través del abandono de las sensaciones particulares se forja y se consolida un concepto para generar una verdad.

De acuerdo a lo anterior, desde Nietzsche la verdad “[...] son ilusiones de las que se ha olvidado lo que son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado, y no son ahora ya consideras como monedas, sino como metal” (Nietzsche, 2000, p.4). Es decir, las metáforas al ser despojadas de su carácter único e individual pierde su valor y brillo de las cuales se ha olvidado su origen, en otras palabras, se desconoce la sensación primaria de la cual proceden, y en el lenguaje sólo alcanza a representar lo que se ha convenido como verdadero. Como consecuencia, a partir las convenciones lingüísticas que se realizan para transferir la percepción sensorial a un lenguaje simbólico-conceptual, se crea un código comprensible para el pensamiento.

Hasta aquí, se entiende que el lenguaje es una herramienta de carácter metafórico que permite la construcción de una “sobre naturaleza” la cual se interpreta como una segunda naturaleza en la

que cada hombre haciendo uso del lenguaje por medio de distinciones, categorías y jerarquización coloca a la naturaleza al alcance del mismo y no le resulta hostil. También mediante el lenguaje se llega a la articulación de un concepto que es la suma de percepciones más o menos parecidas unificadas bajo un mismo criterio y valiéndose de la consolidación y solidificación de este criterio se llega a la verdad dentro de una sociedad.

Ahora bien, dependiendo de los parámetros que se fijen dentro de una sociedad para delimitar lo verdadero de lo falso se crean un uso limitado de las metáforas de las cuales se pueden disponer, debido a ello, el hombre compromete su voluntad en función de seguir los estatutos sociales que hacen referencia a lo que es verdadero dentro del conjunto de la sociedad. En esa medida, el hombre cuando se compromete en ejercer un correcto uso del lenguaje nace dentro de él un sentimiento hacia la verdad, puesto que, “[...] desde luego, que su espiritualidad haya tenido que poner freno por lo pronto a un indomable y excitable orgullo o a una traviesa sensualidad o que aquélla le ha costado mantener en pie su voluntad de <<desierto>> [...] (Nietzsche, 2000b, p.126). Lo cual indica que, el hombre además de utilizar el lenguaje acorde a unas metáforas compartidas por el cuerpo social también se muestra como un individuo que posee una inclinación hacia la verdad. Por tal motivo, voluntariamente anula su instinto creador para mantener la edificación del conocimiento a través de los conceptos socialmente aceptados.

En consecuencia, cuando compromete su voluntad con el cuerpo social en cuanto a una adecuada utilización del lenguaje lleva a cabo una promesa con los demás miembros de la sociedad. Y debido a este compromiso, el hombre renuncia a las percepciones particulares e individualizadas, y las reemplaza por las convenciones lingüísticas que se aceptan como verdaderas. En ese momento, el hombre renuncia a sus sensaciones o percepciones particulares

para acogerse a la normalización de esas sensaciones bajo un criterio unificador, se comienza a solidificar el concepto y empieza a ser tomado como una verdad.

Consecuentemente -de acuerdo con Nietzsche- el hombre por tener ese impulso instintivo hacía la verdad empeña su voluntad en función de ser veraz en concordancia a las categorías discursivas que rigen a la sociedad. Sin embargo, el lenguaje simplemente proporciona una aproximación hacía la verdad, pues como ya se ha mencionado, este instrumento sólo brinda una adecuación entre el hombre y el mundo de cosas existentes, y por ser una adecuación metafórica con carácter de transitoriedad es maleable en función de representar lo verdaderamente útil.

Dado que:

No sabemos de dónde procede el impulso hacia la verdad, pues hasta ahora solamente hemos prestado atención al compromiso que establece la sociedad para existir: ser veraz, es decir, usar las metáforas usuales; por tanto, solo hemos prestado atención, dicho en términos morales, al compromiso de mentir de acuerdo a convención firme, mentir borreguilmente, de acuerdo a un estilo vinculante para todos [...]. (Nietzsche, 2000, p. 4)

En esa medida, el impulso hacia la verdad en Nietzsche se encuentra íntimamente ligado a las categorías conceptuales que han acogido como verdaderas y la utilidad que dichas categorías representan, pues una verdad debe provenir de los conceptos socialmente aceptados. De ese modo, el hombre al ver la utilidad que resulta acogerse al discurso conceptual compromete su voluntad y responsabilidad en utilizar las categorías lingüísticas establecidas como herramienta principal para la construcción del conocimiento.

Cabe señalar que, el impulso del hombre hacía la verdad está vinculado con la necesidad de hacer promesas, puesto que el hombre compromete su voluntad y responsabilidad para utilizar el lenguaje como la herramienta con la cual se reduce el mundo a la medida humana y aceptarlo

como productor de verdades, Por tanto, es estrictamente menester para el hombre acogerse los discursos conceptuales socialmente aceptados, pero la acogida del lenguaje como productor de conocimiento implica que el hombre de manera voluntaria olvida las percepciones individualizadas, es decir, sus sensaciones particulares de sí mismo y del mundo con el fin de unificar las sensaciones para la creación de los conceptos.

De ahí que, para Nietzsche a través del olvido consciente de las percepciones particulares se propicia la construcción de los conceptos y verdades a partir del lenguaje, pues cuando se toma un concepto como algo no idéntico a otro dentro un momento histórico y muestra una utilidad dicho concepto se impone como una verdad aceptada por toda la sociedad. En pocas palabras, el lenguaje prescribe una unidad conceptual que acaba por convertirse en una verdad dentro de un momento histórico. En ese sentido, las “palabras como “verdadero” o “falso” no están supeditados a la adecuación entre lo percibido y las cosas” (Hidalgo, 2009, p.6) entonces necesariamente la verdad está ligada a las convenciones realizadas por medio del lenguaje, ya que por ejemplo; los conceptos de verdadero y falso dependen de los parámetros que se generan dentro de una sociedad y éstas fijan su aplicación. En esa medida, el hombre ha creado lo que Nietzsche denomina un “cielo conceptual” donde cada pueblo y cada cultura tienen una interpretación válida del mundo.

Por lo tanto, la construcción de la verdad cimentada en el uso de un lenguaje conceptual desvela el impulso instintivo del hombre hacía la verdad, dado que la búsqueda de la verdad no es utilizar toda la capacidad de abstracción humana para encontrarla, sino que esta búsqueda de la verdad lleva consigo impreso uno de los instintos básicos del ser humano que es el sentirse seguro y estar tranquilo, es decir, el hombre por la necesidad de estar a salvo de las fuerzas de la

naturaleza ejercer su facultad de la imaginación para facilitar la asimilación y comprensión del mundo.

En conclusión, para Nietzsche el lenguaje en sí mismo no produce conocimiento o capta la esencia de las cosas, sólo brinda una representación de las sensaciones o experiencias a través de la palabra, en otras palabras, lo que ocurre es una aproximación a la sensación primaria, por consiguiente, el lenguaje proporciona un mero acercamiento a lo percibido y no tiene relación con lo verdadero. A partir de esta consideración, se puede afirmar que si bien por medio del lenguaje se construye conocimiento no produce una verdad absoluta, por el contrario, es un productor de verdades que poseen cierto grado de valor para una sociedad la cual legitima su validez.

Dicha legitimación se origina por la aceptación de los conceptos que representan o muestran algo valioso y necesario, aun así, cabe resaltar que este conocimiento tiene su origen en la metáfora, pues desde Nietzsche la metáfora es el tropo que mejor recoge las sensaciones de las cuales se produce un concepto, ya que “[...] sólo por la sólida persistencia de las formas primigenias resulta posible explicar el que más tarde haya podido construirse sobre las metáforas mismas el edificio de los conceptos [...]” (Nietzsche, 2000, p. 7) . En este sentido, la metáfora no sólo sería un recurso lingüístico sino “que vendría también a ilustrar de un modo magistral la praxis de la transvaloración nietzscheana o la afirmación del juego del devenir” (Guervos, 2000a, p.33) de este modo, se coloca en relieve lo que se ha venido afirmando, el lenguaje solo ejecuta una transvaloración de sentido donde a través de una palabra se representa la noción que se tiene de “la cosa en sí”.

## **1.2 Construcción del conocimiento por parte de la ciencia**

La ciencia a través del lenguaje ha patentado un discurso donde predomina el control de los hombres sobre la naturaleza, pues el hombre en su afán de no estar a merced de las fuerzas del

mundo jerarquiza y solidifica las percepciones o sensaciones bajo el nombre de conceptos, permitiendo a la ciencia levantar todo un sistema de categorías conceptuales que favorecen la invención de conocimientos y así privilegiando un estilo de vida racional, pues de acuerdo con Nietzsche (2000):

[...] si ya el hombre de acción que ata su vida a la razón y a los conceptos para no verse arrastrado y perdido a sí mismo, el investigador construye su choza junto a la torre de la ciencia para que pueda servirle de ayuda y protección, puesto que ya existen fuerzas terribles que constantemente le amenazan y que oponen a la verdad científica “verdades” de un tipo completamente diferente con las más diversas etiquetas. (p.7)

En ese sentido, el hombre usando la razón como eje rector de toda adquisición de conocimiento, provee una sensación de seguridad en el mundo, es decir, proporcionar bienestar en grado sumo. También es cierto que edifica una barrera contra las intuiciones, pues todo lo que no esté justificado a través de la razón no tienen cabida en el modelo de la ciencia, de ahí que, las intuiciones o sensaciones que son producto de una impresión particular e individualizada del mundo con un criterio propio no tenga espacio en la ciencia.

Ahora bien, la ciencia para lograr este carácter unificador del conocimiento hace un uso particular del lenguaje, ya que “gracias a que opera con signos que nombran las cosas de manera univoca y gracias a que ordena las experiencias. Es decir, el lenguaje científico hace manejable lo que experimentamos como pura diversidad y transitoriedad” (Hidalgo, 2009, p.3). En ese sentido, la ciencia utiliza el lenguaje como instrumento de legitimación para la relación de adecuación entre el objeto con el nombre se le designa, de ahí que, la ciencia fija lo que se considera la “percepción correcta” utilizando la palabra para nombrarla. En palabras de Nietzsche (2000):

[...] la ciencia trabaja inconteniblemente en ese gran columbarium de los conceptos, la necrópolis de las intuiciones; construye sin cesar nuevas y más elevadas plantas, apuntala, limpia y renueva la celdas viejas, y sobre todo, se esfuerza en llenar el colosal andamiaje que desmesuradamente ha apilado y ordenar dentro de él todo el mundo empírico, es decir, el mundo antropomórfico. (p.7)

Conviene señalar que, -de acuerdo con Nietzsche- la ciencia lleva a cabo una extrapolación del sentido donde se presenta como el intérprete del mundo y de las cosas existentes, debido a que por medio de un lenguaje meramente conceptual genera una decodificación y validación de los conceptos que han de contar como verdaderos. En esa medida, el lenguaje conceptual ofrece la ventaja de congelar “la relación experiencia-palabra, pues al nombrar la cosa sabemos a qué se hace referencia sin necesidad de volver a la experiencia subjetiva de la cosa” (Hidalgo, 2009, p.3) en consecuencia, la aceptación de este lenguaje conceptual limita las interpretaciones subjetivas, así, impidiendo el uso de la palabra con fines ilegítimos o individuales.

En función de esto, para la construcción del conocimiento desde la perspectiva científica, se prescinde de las interpretaciones subjetivas, se deja de lado lo intuitivo, en pocas palabras, el hombre racional valiéndose de la ciencia opera bajo el precepto que es posible el conocimiento obviando cualquier percepción sensitiva para priorizar la generalidad de las sensaciones bajo el nombramiento de una palabra.

En este orden de ideas, la ciencia produce una sistematización y jerarquización de los conceptos, puesto que con fin de establecer regularidades dentro de la naturaleza congela una serie de sensaciones bajo una palabra, resultado de ello, por medio de la unificación de las sensaciones brinda tranquilidad y se presenta como verdadera para todos los hombres. Aunque esta pretensión de la ciencia por categorizar la realidad, es decir, darle un orden, tiene intrínseco un carácter intemporal y universal. Dado que, el hombre en ese afán de crear regularidades en un

mundo el cual le resulta caótico y hostil utiliza la ciencia mediante el discurso conceptual para aportar un orden estático e invariable. En consecuencia, toda la construcción de las metáforas para prescribir la realidad queda relegado al discurso científico. Lo cual implica la negación de la diversidad y la transitoriedad del lenguaje y el olvido de las singularidades de la cosa en sí.

Es válido afirmar que, la ciencia a través del discurso científico apoyado en la conformación de un lenguaje conceptual favorece la vida del hombre racional, pues categoriza y sistematiza las experiencias de modo que facilita el surgimiento de conocimientos a partir de categorías lingüísticas las cuales son compartidas por todos los hombres. Además por la naturaleza del hombre de tender a ser gregario tiene la necesidad de interactuar bajo unas categorías lingüísticas iguales o semejantes. Por esta razón, el hombre compromete su voluntad para hacer un correcto uso de este lenguaje conceptual proporcionado por la ciencia. A saber, aceptar el carácter inequívoco y universal del discurso conceptual ofrecido por la ciencia el cual se muestra como verdadero, y por lo tanto, como productor “principal” de todo conocimiento.

En resumen, la ciencia valiéndose de un uso conceptual del lenguaje ha legitimado todo un aparato en torno a la creación del conocimiento, pues el método que ofrece para la construcción del mismo resulta tranquilizador para el hombre, ya que encuentra una forma lógica de comprender el mundo por la abstracción de la realidad empleando los conceptos que son emitidos por ella. Por ende, desde Nietzsche, el hombre racional “[...] apenas y si domado por el hecho de que sus evanescentes productos, los conceptos, resulta construido un nuevo mundo regular y rígido que le sirve de fortaleza.” [...] (Nietzsche, 2000, p.8)

Sin embargo, mientras la ciencia favorece la vida del hombre racional donde la razón y experimentación se convierten en los generadores transversales de la invención del conocimiento, por el contrario, la vida del hombre sensitivo e intuitivo el cual obtiene su

conocimiento de las sensaciones y experiencias singulares queda desecha, dado que, como se ha mencionado anteriormente, la ciencia siempre busca la unificación de las sensaciones bajo un mismo parámetro a fin de que todo conocimiento provenga de ella. Esta idea se ve reflejada en *Sobre Verdad y Mentira en Sentido Extramoral* cuando Nietzsche (2000) sostiene que: “[...] el hombre despierto solamente adquiere conciencia de que está despierto por medio del rígido y regular tejido los conceptos [...]” (p.8). Es decir, la ciencia a través de la unificación y regularización de las sensaciones proporciona una base para la construcción del conocimiento, del mismo modo, implica el abandono de la singularidad de la sensación.

Es aquí, -de acuerdo con Nietzsche- en *Sobre Verdad y Mentira en Sentido Extramoral* aparecen los términos de *hombre racional* y *hombre intuitivo o sensitivo*. El primero, está en constante construcción de conocimientos haciendo un uso particular del lenguaje que unifica el criterio de las sensaciones con el fin de estatizar el sentido de los conceptos, y en consecuencia, crear un lenguaje conceptual con la pretensión inequívoca de establecer regularidades en el mundo, es decir, reducir la realidad bajo parámetros humanos. En este sentido, el lenguaje conceptual es el instrumento que utiliza el hombre para interactuar con la naturaleza. Y el segundo, se sirve de las intuiciones, de sus propias percepciones individualizadas del mundo, es decir, el hombre sensitivo mantiene la esencia de sus propias impresiones y no se encuentra atado las categorías discursivas aceptadas como verdaderas. En consecuencia, se le reconoce un potencial creador de metáforas que irrumpe con los límites conceptuales establecidos, pues “[...] para corresponder de un modo creador, aunque sólo sea mediante la destrucción y el escarnio de los antiguos límites conceptuales, a la impresión de la poderosa intuición actual” (Nietzsche, 2000, p.9).

Aquí radica la diferencia entre el hombre racional y el hombre sensitivo, en cuanto a la forma como obtienen conocimiento, pues mientras el hombre sensitivo adquiere episteme de las sensaciones que se caracterizan por ser individualizadas y el lenguaje conceptual no alcanza captar la impresión particular. El hombre racional consigue el conocimiento por medio de la categorización de la realidad a través de los conceptos que tienden a dar generalidad a la misma. No obstante, de acuerdo con Nietzsche (2000):

Hay periodos en los que el hombre racional y el hombre instintivo caminan juntos; el uno angustiado ante la intuición, el otro mofándose de la abstracción; es tan irracional el último como poco artístico el primero. Ambos ansían dominar la vida: éste sabiendo afrontar las necesidades más imperiosas mediante la previsión, prudencia y regularidad, aquél sin ver, como “héroe desbordante de alegría”, esas necesidades y tomando como real solamente la vida disfrazada de apariencia y belleza, Allí donde el hombre instintivo, como en Grecia antigua, maneja sus armas de manera más potente y victoriosa que su adversario, puede, si las circunstancias son favorables, configurar una cultura y establecer el dominio del arte sobre la vida. (p.9)

Quiere decir que, estos dos modelos de hombres, el hombre racional el cual busca la preservación de lo establecido y el hombre sensitivo que siempre está en la búsqueda de la transformación están en contraposición configuran lo que es un hombre moderno, ya que el hombre en su afán de pensarse como un ser racional amparado en la racionalidad de los conceptos para hacer la realidad más predecible y regulable. En ocasiones, esta visión calculable del mundo es invadida por ese ser intuitivo que cobra vida cuando el hombre se sumerge en el arte, dominio donde la ciencia y la razón carecen de fuerza.

Por lo tanto, la construcción del criterio universal de la ciencia se gesta por medio de un uso particular del lenguaje que implica la negación de la parte sensitiva del hombre, donde las

percepciones particulares sobre las sensaciones o la realidad son descartadas para favorecer el estilo de vida del hombre racional que se sirve del lenguaje conceptual a fin de comprender el mundo. De ahí que, categorizar las regularidades presentes en el mundo natural es imperativo para el hombre racional pues en primer lugar, facilita la comprensión y aprehensión de la naturaleza que es caos y devenir, y así, poder coexistir con ella, y en segundo lugar, la construcción de conocimientos a partir los conceptos que son impuestos por la ciencia.

Así pues, para Nietzsche la ciencia se sirve del olvido de la singularidad de las impresiones individualizadas para formar los conceptos y crear verdades con pretensiones universales, es decir, operan con supuestos conceptuales para dar una visión unificada de realidad y de la verdad.

### **1.3 Construcción del conocimiento universal filosófico**

El conocimiento desde la perspectiva filosófica tradicional siempre ha tenido la pretensión de encontrar una verdad absoluta e indubitable, es decir, una verdad la cual no pueda ser cuestionada usando como vehículo la razón no solo para legitimar la razón misma, sino el conocimiento en sí como algo absoluto, dado que, la tradición filosófica al igual que la ciencia siempre han estado en la búsqueda de construir un discurso inmutable empleando la razón y el lenguaje para dicho fin. Partiendo de esta premisa, la noción de que la verdad puede adquirir un carácter de inmutable e invariable utilizando el lenguaje como una herramienta de legitimación ha transgredido toda construcción de conocimiento, es decir, está arraigado en el discurso filosófico una pretensión de universalidad del conocimiento empleando el lenguaje.

Frente a esto -de acuerdo con Nietzsche- el conocimiento por estar cimentado en el lenguaje se entiende en términos de transitoriedad, puesto que, el conocimiento por ser producto del

lenguaje posee la característica primordial de ser mutable y cambiante. Es decir, el conocimiento tiende a variar, así pues, la verdad también ostenta el carácter de transitoriedad ya que depende de un momento histórico y es producto del lenguaje. Esta idea de Nietzsche se evidencia en el texto titulado *La Genealogía de la Moral* cuando sostiene que:

[...] el problema referente a qué es lo que las designaciones de lo <<bueno>> acuñadas por las diversas lenguas pretender significar propiamente en el aspecto etimológico: encontré aquí que todas ellas remiten a *idéntica metamorfosis conceptual*, -que, en todas partes, <<nobles>>, <<aristocrático>> en el sentido estamental, el concepto básico a partir del cual se desarrolló luego, por necesidad <<bueno>> [...] un desarrollo que marcha siempre en paralelo a aquel otro que hace que <<vulgar>>, <<plebeyo>>, <<bajo>> acaben por pasar al concepto malo. (Nietzsche, 2000b, p.33)

A partir de esto, se introduce un elemento que permite afirmar que el conocimiento no es intemporal y universal, por el contrario, es de carácter transitorio y supone la diversidad del conocimiento en el mundo y siempre está en constante evolución. Además siguiendo el planteamiento de Nietzsche en *Sobre Verdad y Mentira en Sentido Extramoral*, en el mundo existen multiplicidad de conocimientos que adquieren carácter de verdadero dentro de un tiempo y una sociedad determinada, dado que, cada sociedad lleva a cabo una construcción de conocimiento de acuerdo a sus realidades políticas, morales, religiosas, etc... lo cual indica que, de acuerdo a las necesidades que tenga una sociedad así construye un argot de conocimientos y de esta manera queda al descubierto la diversidad del conocimiento.

Por lo tanto, la construcción de verdades a partir del lenguaje trae impregnado ese impulso instintivo del hombre hacia la verdad, pues tiende a crear conceptos que le permiten intentar comprender y acercarse a la realidad que a menudo le resulta hostil, en otras palabras, es

colocar la naturaleza a la medida humana por medio del lenguaje el cual facilita configurar las verdades, pues siguiendo a Nietzsche (2000):

[...] El que busca tales verdades en el fondo solamente busca la metamorfosis del mundo de los hombres; aspira a una comprensión del mundo en tanto que cosa humanizada y consigue, en el mejor de los casos, el sentimiento de una asimilación. (p.5)

Quiere decir que, el hombre tiene el afán de categorizar la realidad para hacerla controlable, asimismo, estas categorizaciones se establecen como verdades dentro un momento histórico concreto, de este modo, el hombre se sirve del lenguaje con el objetivo de colocar el mundo a la medida humana. Por consiguiente, de acuerdo con Nietzsche (2000):

[...] Dividimos las cosas en géneros, caracterizamos el árbol como masculino y la planta como femenino: ¡qué extrapolación tan arbitraria! ¡A qué altura volamos por encima del canon de la certeza! Hablamos de una “serpiente”: la designación cubre solamente el hecho de retorcerse podría, por tanto, atribuírsele también al gusano. ¡Que arbitrariedad en las delimitaciones! [...] ponen en evidencia que con todas las palabras jamás se llega a la verdad ni a una expresión adecuada pues, en caso contrario, no habría tantos lenguajes. La “cosa en sí” (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable y no es deseable en absoluto para el creador del lenguaje. (p. 3)

En otras palabras, el lenguaje no brinda conocimiento propiamente dicho, ya que el lenguaje no alcanza una total aprehensión de la esencia de las cosas, sino que a través del lenguaje el hombre realiza acuerdos tácitos sobre las categorías conceptuales que se deben utilizar como herramientas las cuales sirvan para sobrellevar la realidad y como fuente de conocimiento.

Por esta razón, el hombre lleva a cabo una promesa con sus semejantes en favor de emplear correctamente las categorizaciones conceptuales que se han instaurado como verdades dentro de

la sociedad, es decir, el ser humano compromete su voluntad para aceptar los conceptos socialmente construidos y tomarlos como verdaderos pues:

[...] A partir del sentimiento de estar comprometido a una cosa como “roja”, otra como “fría” y una tercera como “muda”, se despierta un movimiento moral hacia la verdad; a partir del contraste del mentiroso, en quien nadie confía y a quien todo el mundo excluye, el hombre se demuestra a sí mismo lo honesto, lo fiable y lo provechoso de la verdad. (Nietzsche, 2000, p.4)

En este sentido, hay un estrecho vínculo que une al lenguaje, la moralidad y la promesa, pues cuando el hombre compromete la voluntad para utilizar el lenguaje y sus categorías discursivas acepta intrínsecamente las connotaciones morales de verdad y mentira, bueno y malo que establece una sociedad con forme a las nociones existentes. Esto quiere decir, el lenguaje encarna lo que debe ser moralmente aceptado, de ahí que, la promesa es fundamental para que estas percepciones colectivas sean apropiadas, pues desde Nietzsche (2000b) se sigue que:

[...] *precisamente* el <<bueno>> de la otra moral, precisamente el noble, el poderoso, el dominador, sólo que ha cambiado de color, interpretado y visto al revés por el ojo venenoso del resentimiento. Hay aquí una cosa que nosotros no queremos negar en modo alguno: quien aquellos <<buenos>> los ha conocidos tan solo como enemigos, no ha conocido tampoco más que enemigos malvados [...] (p.46)

Esto sirve para mostrar –de acuerdo con Nietzsche– las nociones conceptuales adquieren su carácter moral conforme a las construcciones sociales que se llevan a cabo por medio del lenguaje. Debido a ello, en el hombre surge la necesidad de naturalizar voluntariamente las connotaciones morales de los conceptos, en consecuencia, el hombre realiza una promesa en función de dos aspectos, a saber, el primero aceptar las categorías discursivas que impone la sociedad, y el segundo, interiorizar la carga moral que encarnan los conceptos.

Se puede concluir, el lenguaje es la herramienta con la cual el hombre se desenvuelve en la realidad, tanto la ciencia como la filosofía se sirven de lenguaje para la construcción de sus “cielos conceptuales” con los cuales tratan de proponer nociones de verdades inamovibles e inmutables con pretensiones universales. Del mismo modo, el lenguaje representa lo que para una sociedad es útil y valiosos, de ahí que, la importancia del mismo en la promesa ya que permite que el hombre comprometiendo su voluntad interiorice lo que espreciado para una sociedad.

## Segundo capítulo: Relación de la promesa con la moralidad

Hasta el momento se ha abordado la importancia que tiene el lenguaje en la construcción de verdades a partir de los conceptos desde la perspectiva nietzscheana como es el olvido de lo particular, de las sensaciones, en otras palabras, desechar las impresiones individualizadas en pro de unificar las semejanzas de las sensaciones y relacionarlas con un concepto, producto de esto, se adquieren unas verdades que tienen validez dentro de una sociedad y un tiempo en concreto, es decir, se crean las nociones de lo verdadero y lo falso. En función de lo anterior, el hombre compromete su voluntad con la sociedad a favor de hacer un correcto uso del lenguaje, en ese sentido, acepta e interioriza las categorías conceptuales que son establecidas como verdaderas dentro una sociedad.

En este capítulo, se expone la correspondencia de la promesa con uno de los ámbitos más elementales de la vida del hombre que es la moralidad, a su vez, poner de manifiesto los elementos que intervienen en la promesa, además de cómo el hombre en su diario vivir lleva a cabo promesas con sus semejantes y con la sociedad a fin de mostrar que el hombre para realizar promesas debe ser un señor de sí permitiéndose empeñar su palabra sin ningún tipo de coacción, es decir, comprometer su voluntad libremente.

En esa medida, se propone mostrar en primer lugar, la relación que tiene la promesa con el lenguaje, pues cuando el hombre realiza un correcto uso del lenguaje se le otorga un grado de veracidad por parte de sus semejantes, es decir, un ser que tiene la verdad, o por el contrario, si realiza un uso incorrecto del mismo se le tilda de mentiroso, de alguien que no ostenta la verdad. En ese sentido, la promesa y lenguaje poseen un grado moral, ya que al emplear las categorías discursivas establecidas también se acepta las connotaciones morales que tienen dentro de una

sociedad. Además la relación existente entre la memoria y el olvido como condición indispensable para que pueda ser posible la vida en sociedad, pues el ser humano cuando contrae una promesa es necesario crearle una memoria a fin de no olvidar el compromiso adquirido, dado que, lo más natural del ser humano es el olvido y con la memoria se interrumpe este proceso natural del ser humano. En segundo lugar, el trabajo que efectúa la sociedad sobre el hombre (eticidad de las costumbres) que consiste en educar a los hombres como iguales para dar como fruto individuos tasadores de sí mismos. En tercer lugar, exponer cómo el hombre al aceptar este trabajo de la sociedad sobre sí mismo olvida la animalidad para primar la racionalidad. Y en cuarto lugar, desemboca en el grueso argumental del capítulo centrado en la idea de que el hombre para contraer una promesa debe ser dueño de sí mismo, puesto que, sólo el hombre que tiene conciencia de sus actos y las consecuencias que causa su accionar se le permite realizar promesas, sin embargo, para alcanzar dicho dominio del hombre sobre sí es imprescindible la sociedad y la eticidad de las costumbres. Todo para obtener como producto un hombre soberano que está facultado para hacer promesas.

## **2.1 La relación de la memoria con el olvido como condición de la vida en sociedad**

De acuerdo con Nietzsche en *La Genealogía de la Moral*, en la sociedad la invención de la memoria se presenta como una herramienta útil para la preservación del orden ofrecido a los miembros que la componen, bien entendida, todo lo que permanece en la memoria social representa algo que se considera valioso en sí mismo porque muestra una utilidad. Es decir, todo el conglomerado de normas, leyes y valores ya sea de manera explícita o implícita se ha acordado su cumplimiento dentro de un determinado cuerpo social. Cabe resaltar que, dicho conglomerado de reglas y valores varían según las necesidades y el momento histórico.

Esto desvela -siguiendo a Nietzsche- la relación existente entre la memoria, lenguaje y la

promesa, dado que, en el momento que el hombre adopta voluntariamente las categorías conceptuales y los valores que se consideran indispensables para el funcionamiento de la sociedad intrínsecamente acepta el olvido de las percepciones propias de la realidad para hacer suyo lo que la sociedad considera útil y necesario. Este olvido conlleva al surgimiento de una memoria que mantenga presente estas categorías conceptuales como bueno, malo, verdadero o falso, etc... y las connotaciones que poseen en el cuerpo social, ya sea de tipo social, cultural o moral, en esa medida, la promesa propicia el escenario para la apropiamiento del lenguaje y una memoria que lo mantenga presente. Puesto que “[...] Con ayuda de tales imágenes y procedimientos se acaba por retener en la memoria cinco o seis <<no quiero>>, respecto a los cuales uno ha dado su promesa con el fin de vivir dentro las ventajas de la sociedad”. (Nietzsche, 2000b, p.71)

Antes de abordar en toda su dimensión la relación entre la memoria con el olvido es indispensable precisar cada una por separado. Para empezar, siguiendo a Nietzsche en *La Genealogía de la Moral*, el olvido se muestra como la fuerza más activa y positiva que posee el ser humano la cual le permite procesar experiencias, pues funciona como un filtro para la conciencia y de paso facilita la asimilación de las experiencias. De este modo, el olvido abre dentro del hombre espacio para lo nuevo en la conciencia ya que no puede vivir reteniendo todas sus vivencias, puesto que, entorpece su crecimiento en todos los ámbitos de su existencia (social, cultural, personal, etc...). Por lo tanto, la capacidad de olvido es “[...] la guardiana de una puerta, por así decirlo, una mantenedora del orden anímico, de la tranquilidad, de la etiqueta” (Nietzsche, 2000b, p.66) así pues, el olvido permite la asimilación experiencias vividas, y a su vez, no deja que penetren hasta la conciencia, en consecuencia, es la condición más natural que tiene el hombre para sobrevivir a su propia existencia sin el agobio de experiencias pasadas.

Dentro de este contexto, el olvido juega un papel fundamental en la vida del cualquier ser humano, pues facilita la existencia. Sin embargo, hay ciertos casos donde la facultad del olvido se encuentra anulada, donde el olvido es doblegado a causa de empeñar la voluntad, es decir, en los casos donde se realiza una promesa. Cuando:

Precisamente este animal olvidadizo por necesidad, en el que el olvido representa una fuerza, una forma de salud vigorosa, ha criado en sí una facultad opuesta a aquélla, una memoria con cuya ayuda la capacidad de olvido queda suspensa en algunos casos – a saber, en los casos donde hay que hacer una promesa. (Nietzsche, 2000b, p.66)

Vale decir que -de acuerdo con Nietzsche- el hombre cuando empeña su voluntad al momento de hacer una promesa, el olvido que es la fuerza positiva que facilita la asimilación de las experiencias y la vida del hombre queda inhabilitada, despojada de su fuerza para favorecer el surgimiento de una memoria que interrumpe en el proceso del olvido en pro de recordar el endeudamiento de la palabra.

De ahí que, de lo planteado en por Nietzsche en *La Genealogía de la Moral*, la génesis de la facultad opuesta al olvido como es la memoria encuentra su nacimiento en la promesa, ya que la promesa interrumpe el proceso de olvidar para dar espacio a la creación de una memoria la cual surge por la necesidad intrínseca de recordar lo prometido. Por esto, es menester que el hombre posea lo que Nietzsche denomina la “*voluntad de poder*” que se caracteriza por el “yo quiero” o “lo haré” bien entendido es una “auténtica descarga de la voluntad” donde el hombre considera un mundo de posibilidades tanto la voluntad propia como de extraños con la única pretensión de anticiparse a los acontecimientos y la responsabilidad que se haya íntimamente ligada con la voluntad. En esa medida, la responsabilidad brota por el endeudamiento de la voluntad en el momento que se contrae una promesa, a saber, la voluntad de poder es la conciencia de la

responsabilidad que ha surgido en el hombre por el compromiso adquirido. Por la necesidad de no olvidar el haber empeñado su voluntad aflora de forma imperiosa la creación de una memoria en el hombre que se encargue, precisamente, de la retención del compromiso que ha contraído. Debido a ello, la memoria se presenta como una fuerza que se opone en ciertos casos al olvido con la finalidad de cumplir una promesa.

Entonces, siguiendo a Nietzsche en *La Genealogía de la Moral* ¿cómo se hace una memoria a este animal olvidadizo? pues:

[...] << Para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego, solo lo que no cesa de dolor permanece en la memoria >> - éste es un axioma de la psicología más antigua (por desgracia también la más prolongada) que ha existido sobre la tierra. Incluso podría decirse que en todos los lugares de ésta donde todavía se solemnidad, misterio, colores sombríos en la vida del hombre y del pueblo, sigue actuando algo del espanto con que en otro tiempo se prometía, se empeñaba la palabra. (Nietzsche, 2000b, p.69)

Sugiere que, para Nietzsche la creación de la memoria está asociada al dolor ya sea de carácter físico o psicológico y acompaña al hombre hasta que dicho sufrimiento sea borrado de algún modo. De ahí que, es evidente que en los casos en que el hombre realiza una promesa, donde existe un endeudamiento de la voluntad lo que genera una carga en la psique humana ocasionando un dolor el cual le recuerda constantemente la promesa adquirida. Además el hombre necesita recordar el endeudamiento de su voluntad, dado que, en caso de faltar a dicho endeudamiento el acreedor tiene derecho a ser compensado y puede ejercer crueldad sobre el deudor, es decir, el acreedor posee el privilegio de infringir dolor tanto como considere que necesario y suficiente para recordar lo pactado o en el caso que deba ser compensado.

Así pues, la relación de la memoria con el olvido parece mucho más clara, dado que, se ha dilucidado que la memoria tiene origen en la necesidad imperiosa del hombre en recordar la promesa que lleva a cabo, En este sentido, se vuelve condición de vida en la sociedad porque el hombre debe recordar constantemente que vive en un conjunto social donde todo está regido por reglas, normas y leyes.

De la necesidad de recordar lo valioso para la sociedad, de combatir esa fuerza activa y vigorosa que se encuentra dentro el hombre como es el olvido la sociedad se ha visto en la necesidad de infringir dolor a sus miembros para que recuerden lo acordado, por esta razón, la sociedad necesita formas de castigos que no solo sirvan para hacer una memoria individual a quien comete una falta, sino a los demás miembros del cuerpo social, pues según Nietzsche (2000b):

[...]Cuanto peor ha estado <<de memoria>> la humanidad, cuanto más horroroso es siempre el aspecto que ofrecen sus usos; en particular la dureza de las leyes penales nos revela cuanto esfuerzo le costaba a la humanidad lograr una victoria contra la capacidad de olvido y mantener presentes, a estos instantáneos esclavos de los afectos y de la concupiscencia, unas cuantas exigencias primitivas de la convivencia social. (p.70)

Dicho de otro modo, es fabricar una memoria colectiva a través del dolor, y en esa medida, mantener presentes dentro del hombre ideas o valores que son útiles y valiosos para la sociedad. En este sentido, el dolor es un aspecto fundamental, pues al favorecer el surgimiento de la memoria facilita la supremacía de lo que una sociedad considera necesario para su funcionamiento.

Ciertamente, el infligir el dolor está ligado a la infracción o incumplimiento de una promesa, es decir, sobre la acción misma porque siempre ha existido la necesidad de imponer

una pena con la pretensión de hacer una memoria a quien no cumpla lo pactado. Es evidente que, desde la perspectiva de Nietzsche el dolor está íntimamente ligado con la preservación de los valores sociales y morales que se han acordado como útiles y necesarios para convivencia social. Pues una de las formas simples de la promesa es cuando los hombres pertenecientes a una sociedad comprometen su voluntad y su responsabilidad para cumplir las leyes que se muestran como beneficiosas e indispensables para regular la convivencia.

A partir de ello, el hombre es consciente que su voluntad está comprometida con la sociedad, este compromiso debe ser de manera no coaccionada, es decir, debe ser adquirido libremente. De esta forma, el hombre que ostenta la libertad para llevar a cabo pactos es lo que Nietzsche denomina una “*consciencia de libertad*” la cual permite al hombre responder por sí mismo. Aunque el hombre que ostenta dicha libertad para empeñar su voluntad con sus semejantes cuando realiza una promesa siempre existe la posibilidad del incumplimiento de lo pactado. De ahí que, el hombre se encuentra obligado a infundir una memoria en virtud de que su promesa sea cumplida. En *La Genealogía de la Moral* Nietzsche (2000b) afirma que:

[...] El Deudor, para infundir confianza en su promesa de restitución, para dar garantía de la seriedad y la santidad de su promesa, para imponer dentro sí a su conciencia la restitución como un deber, como una obligación, empeña al acreedor, en virtud de un contrato, y para el caso, otra cosa todavía <<posee>>, otra cosa sobre la que todavía tiene poder, por ejemplo su cuerpo, o su mujer o su libertad o también su vida. (p.73)

En este sentido -de acuerdo con Nietzsche- los hombres al tener esta libertad de hacer promesas con sus semejantes también trae consigo unas restricciones al momento de empeñar la palabra, puesto que, la promesa conlleva a unas limitaciones con respecto al olvido, a saber, estas limitaciones permiten la creación de una memoria la cual funciona como el recordatorio de lo

empeñado. En otras palabras, el deudor para cumplir su promesa con el acreedor se obliga a suprimir el olvido abriendo paso a una memoria en favor de tener presente lo acordado y caso de incumplimiento el acreedor pueda ser compensado.

Teniendo en cuenta lo anterior, para Nietzsche se está ante una forma simple de compensación entre los hombres, pues el acreedor en favor de engendrar confianza con quien contrae una promesa trata de infundir una memoria en el deudor persiguiendo en primer lugar, recordar la voluntad y responsabilidad que fue comprometida con quien hizo la promesa, y en segundo lugar, en caso del incumplimiento de la promesa el deudor es consciente de la retribución que tiene derecho el acreedor por la falta cometida. Pues el objetivo es que el acreedor tenga un sentimiento de bienestar equivalente a perjuicio ocasionado. Y esto se ve reflejado en *La Genealogía de la Moral* cuando Nietzsche (2000b) se afirma que “[...] al acreedor se le concede, como restitución y compensación es una especie de sentimiento de bienestar,- el sentimiento de bienestar del hombre a quien se le es lícito descargar su poder, sin ningún escrúpulo sobre un impotente.” (p.74) así pues, la lógica de compensación permite que se proporcionen garantías necesarias para contraer una promesa, ya que el acreedor tiene una certeza en caso de incumplimiento el derecho a ser retribuido.

## **2.2 Eticidad de las costumbres**

En una sociedad donde a los hombres se les permite hacer promesas se menester educar a los mismos para que sean iguales, es decir, fabricar individuos con la misma medida de valor, y así obtener como resultado hombres predecibles y calculables. Esto es lo que Nietzsche denomina “eticidad de las costumbres” la cual consiste en:

Aquella tarea al animal que se le es lícito hacer promesas incluye en sí una condición y preparación, según lo hemos comprendido ya, la tarea más concreta de hacer al hombre hasta cierto grado,

necesario, uniforme, igual entre iguales, ajustado a la regla, en consecuencia, calculable. El ingente trabajo de lo que llamado <<eticidad de las costumbres>> [...] (Nietzsche, 2000b, p.67)

En ese sentido, la eticidad de las costumbres la cual encontramos en *La Genealogía de la Moral* tiene por objeto el trabajo de la sociedad sobre los ciudadanos que la conforman para que puedan empeñar su voluntad en pro de interiorizar las normas o leyes establecidas. En esa medida, cuando el cuerpo social acepta estas normas y las naturaliza se obtienen hombres iguales, es decir, hombres que se rigen por los mismos principios sociales.

Esto implica que, en este proceso de preparación llevado a cabo por la sociedad y eticidad de las costumbres para hacer todos los hombres iguales da origen a que todos sean sin excepción predecibles y calculables, puesto que, para realizar promesas el hombre debe considerar al otro como un igual, es decir, alguien que comparta iguales principios para poder empeñar su palabra y tenga un grado de certeza de cumplimiento de la misma. Pues el hombre para comprometer su voluntad en pro de establecer una promesa debe considerar a sus semejantes con los mismos valores, en ese sentido, es importante tener en cuenta que el hombre es un ser tasador de sí. Es decir, el ser humano constantemente se mide en valores, dado que, para que se lleve a cabo una promesa se debe considerar al otro como un igual con el cual puede entablar una relación de acreedor y deudor.

A partir de la relación entre acreedor y deudor planteada en *La Genealogía de la Moral* permite abrir paso a la lógica de la compensación que de acuerdo con Nietzsche consiste “[...] en una remisión y un derecho a la crueldad.” (Nietzsche, 2000b, p.74). Es decir, el acreedor aparte de garantizarse retribución en caso de haber perjuicio también se le otorga el derecho a ser cruel y ocasionar daño por placer, a saber, desde esta perspectiva la compensación a través del infringir dolor proporciona un cierto grado de satisfacción y goce, ya que:

[...] En la medida en que *hacer-sufrir* produce bienestar en grado sumo, en la medida en que el perjudicado cambiaba el daño, así como el desplacer que éste le producía, por un extraordinario contra-goce: el hacer-sufrir,- una auténtica fiesta, algo que, como hemos dicho, era tanto más estimado cuanto más contradecía al rango y a la posición social. (Nietzsche, 2000b, p.75)

Esto quiere decir, en el hombre la lógica de la compensación siempre ha estado presente el derecho a la crueldad y está asociada con la felicidad, a un sentimiento de bienestar y esto Nietzsche lo ha denomina como “*maldad desinteresada*” (Nietzsche, 2000b, p.75) bien entendido, este término hace referencia a causar dolor solo por provocarlo, es decir, generar dolor por el goce propio.

En esta dirección, es válido afirmar que uno de los principios de la sociedad es el dolor como forma de hacer una memoria cuando se falta a una promesa, ya que la sociedad se encarga de recordar constantemente a quien comete la falta infringiendo dolor no solo a nivel físico sino también a nivel psicológico. Así pues, la eticidad de las costumbres proporciona las condiciones necesarias para hacer a los hombres con la misma medida de valor. En síntesis, la sociedad y la eticidad de las costumbres generan el escenario para que el hombre considere a sus semejantes bajo una medida unificada de valor y así pueda contraer promesas con los demás miembros que componen la sociedad.

### **2.3 Olvido civilizatorio**

El hombre en su pretensión de ser parte de la sociedad y en virtud de hacerse igual entre iguales (miembro de la sociedad) está obligado a olvidar una parte esencial de su naturaleza que es su animalidad, pues uno de los ejes rectores que rige a la sociedad es la idea de seres racional donde la razón se vuelve en el centro de la misma. Todo conocimiento (episteme), actitud o

cultura debe estar en pro de la razón y la animalidad del hombre se presenta como un antagonista a este sistema, es decir, el hombre en su afán de integrarse a la sociedad se ve forzado a olvidar todo lo que provenga de las sensaciones. Es aquí donde se revela la relación que existe entre el olvido y la eticidad de las costumbres, puesto que, para hacer el hombre igual entre iguales es necesario que olvide de manera voluntaria que es un animal, el cual posee una percepción particular e individualizada del mundo para dar prioridad a las costumbres y lineamientos que la sociedad ha establecido. De ahí que, asimile las categorías conceptuales determinadas y se apropie de lo que se considera útil y valioso para la sociedad por voluntad propia.

Por lo tanto, es evidente la relación mencionada en el capítulo anterior entre el hombre racional y el hombre sensitivo en cuanto a la conformación de una sociedad. Dado que en primer lugar, el hombre se ve en la necesidad de negar su animalidad en favor de integrarse la sociedad, pues esta exige que seamos “racionales” y la animalidad humana violenta esta idea de seres guiados por la razón. En segundo lugar, la asimilación de las categorías conceptuales que se han acordado como verdaderas las cuales el hombre racional considera la principal fuente de conocimiento, consecuencia de ello, ocasiona la pérdida de la singularidad de las sensaciones que es el manantial de conocimiento que se alimenta el hombre sensitivo. Y en tercer lugar, el hombre como miembro de la sociedad siempre debe recordar que es un ser racional.

Esto trae consigo, la negación de uno de los instintos básicos del hombre que es la libertad, entendiendo la libertad como la capacidad interpretar el mundo desde las sensaciones, puesto que, el hombre racional cuando acoge los preceptos sociales niega la oportunidad de una interpretación del propia del mundo. Al mismo tiempo -de acuerdo con Nietzsche- la adopción del estilo de vida racional genera desconsuelo en el hombre, pues:

[...] el sufrimiento del *hombre por el hombre, por sí mismo*: resultado de una separación violenta de su pasado animal, resultado de un salto y una caída, por así decirlo, en nuevas situaciones y en nuevas condiciones de existencia, resultado de una declaración de guerra contra los viejos instintos en los que hasta ese momento rebotaban de fuerza, su poder y su fecundidad. Añadamos en seguida que, por otro lado, con el hecho de un alma animal que se volvía contra sí misma, que tomaba partido contra sí misma había aparecido en la tierra algo tan nuevo, profundo, inaudito, enigmático, contradictorio y *lleno de futuro*, que con ello el aspecto de la tierra se modificó de manera esencial. (Nietzsche, 2000b, p.97)

Es decir, el estilo de vida racional no se adopta de manera transitoria o pacífica, por el contrario, fue una separación violenta de la animalidad humana, puesto que, este proceso que lleva al hombre a asumir y comportarse conforme a la razón destruye los cimientos de la cultura y en ella se encuentra la esencia de la animalidad del ser humano. Lo que conlleva a decir que dentro de la sociedad se haya un intrínseco enfrentamiento entre lo animal y lo humano, o si se quiere apuntar más lejos entre la cultura y la civilización. La cultura que tiene la tarea fundamental dar validez a la animalidad del hombre con toda su parte sensitiva e intuitiva y la civilización que busca preservar su dominio a través de la razón. En otras palabras, el hombre al priorizar la vida desde el ámbito de la razón se priva de interpretar la realidad desde su óptica particular. Y esta idea la resalta una autora como Vanessa Lemm (2009a) al afirmar que:

El olvido de la civilización desplaza la memoria de la continuidad entre humanos y animales. Bajo el dominio de la civilización, el animal humano olvida lo que era y lo que es: un animal, para convertirse en lo que aún no es, un ser racional y moral. En este sentido, el devenir racional y moral del animal humano depende de incrementar gradualmente el olvido de la animalidad del ser humano o en términos de Nietzsche de una “relajación de la memoria”. (p.49).

En ese sentido, para Lemm se entiende que desde Nietzsche el hombre en procura de pensarse como un ser de capacidades racionales asume lo que es ventajoso para la sociedad voluntariamente, todo con la intención de salvaguardar las normas que regulan la convivencia dentro de la sociedad, además de los beneficios que ella otorga. Del mismo modo, proporcionalmente olvida su pasado animal, que es un ser que también se alimenta de sensaciones singulares y posee una visión particular del mundo.

A partir de esto, se puede afirmar que el hombre en su afán de hacer parte de la sociedad renuncia a lo que es suyo propiamente dicho, es decir, su animalidad, su parte intuitiva para adoptar la racionalidad como forma de vida, puesto que la forma de vida racional garantiza establecer un orden, un orden donde el hombre puede regular y ser regulado. En otras palabras, el hombre cuando gradualmente olvida la animalidad que hace parte de sí comienza a entenderse y comprenderse como un ser racional.

## **2.4 La promesa como señalamiento de sí**

Hasta aquí se ha abordado toda la tarea que lleva a cabo la sociedad para hacer a los hombres igual entre iguales, de crear una memoria individual o colectiva para integrar a los hombres en el conglomerado social y qué condiciones deben cumplir sus miembros para considerarse parte ella. Es el caso del olvido de la animalidad o de la singularidad de una percepción particular para encasillar dos o más sensaciones dentro de un concepto, sin embargo, el interrogante que desemboca es: ¿qué se obtiene al final de este proceso? Pues, de este tedioso trabajo de hacer todos los hombres iguales debe emerger un hombre dueño de sí, autónomo y capaz de empeñar su palabra por voluntad propia, pues cuando afirma Nietzsche (2000b) que:

[...] al final del ingente proceso, allí donde el árbol hace madurar por fin sus frutos, allí donde la sociedad y la eticidad de las costumbres sacan a la luz por fin para lo cual ellas solo eran un medio: encontramos, como el fruto más maduro de su árbol, al individuo soberano, al individuo igual tan sólo a sí mismo, al individuo que ha vuelto a liberarse de la eticidad de la costumbre, al individuo autónomo, situado por encima de la eticidad (pues <<autónomo>> y <<ético>> se excluyen), en una palabra, encontramos al hombre de la duradera voluntad propia, independiente, al que le es *licito hacer promesa*. (p. 67-68)

Esto indica que, el hombre soberano es el resultado del trabajo de la sociedad y de la eticidad de las costumbres. Este hombre -según Nietzsche- ostenta unas características bien definidas como son en primer lugar, tasar a sus semejantes desde sí mismo, es decir, tiene una medida de valor propia con la que mide a sus similares, en esa medida, conlleva a que no esté atado a las estructuras sociales. En segundo lugar, en el individuo soberano sobresale una autonomía propia caracterizada por una libertad la cual no está sesgada por instituciones sociales o morales. Y en tercer lugar, tiene pleno dominio sí ya que puede mantener su palabra incluso en situaciones adversas, por lo tanto, el hombre soberano es dueño de su palabra, y por ende, se le concede el derecho de hacer promesas. En palabras de Nietzsche (2000b):

[...] a todo el que hace promesas como un soberano, con dificultad, raramente, con lentitud, a todo el que es avaro de conceder su confianza, que *honra* cuando confía, que da su palabra como algo de que uno puede fiarse, porque él es lo bastante fuerte para mantenerla incluso frente a las adversidades, incluso <<frente al destino>>. (p.68)

Teniendo en cuenta lo anterior, el hombre que se le permite hacer promesas es aquel que es dueño de sí mismo y se encuentra liberado de las ataduras de la eticidad de las costumbres, es decir, es un hombre soberano con voluntad propia, ya que tiene pleno dominio de sí, tiene conocimiento de las circunstancias y de su entorno. En otras palabras, este individuo posee una

consciencia de poder y libertad la cual no está sujeta a ninguna restricción impuesta por la sociedad de la cual hace parte.

Además el hombre soberano se caracteriza por una voluntad duradera, a saber, se le reconoce una “voluntad de poder” que se caracteriza por el constante deseo avanzar, de seguir de adelante, en otras palabras, es el motor que lo impulsa y va acompañada de la libertad para elegir con quien se compromete. Pero el hombre enseñoreado de sí valora o desacredita, puesto que, para hacer una promesa tasa a su semejante en valores desde sí mismo. En ese sentido, el individuo enseñoreado honra a quienes considera iguales y pueden ser merecedores de su confianza, de igual forma, desprecia a quien no puede fiarse de su palabra, pues desde Nietzsche (2000b): “[...] El hombre <<libre>> el poseedor de una voluntad duradera e inquebrantable, también tiene, en esta posesión suya, su medida de valor: mirando a los otros desde sí mismos, honra o desprecia”. (p.68)

Por consiguiente, el hombre soberano ostenta el poder de elegir con quien empeña su voluntad en función de contraer una promesa, del mismo modo, la libertad de elegir quien es digno y merecedor de adquirir dicha responsabilidad, dado que, el hombre soberano tasa a los hombres con su propia medida de valor, lo cual le permite otorgar su palabra a quien tenga mérito de poseerla, y a su vez, al que debe despreciar porque no se le es lícito hacer una promesa. En esta línea planteada desde Nietzsche el enseñoramiento está ligado a promesa, un autor como Georg Brandes (2004) afirma que:

Ve la verdadera nobleza del hombre en el hecho que puede prometer alguna cosa, responder de sí mismo, asumir una responsabilidad, porque el poder da también al hombre el dominio de las circunstancias exteriores y sobre las demás criaturas, cuya voluntad no es de tan larga duración como la suya.

El hombre soberano llama conciencia al conocimiento que tiene de esta responsabilidad. (p. 55)

Sugiere que, para Brandes se comprende desde Nietzsche que el hombre soberano está facultado para hacer promesas encarna la verdadera esencia del hombre, debido a que, es consciente de las implicaciones que ocasiona el empeño de su palabra, y aun así, las lleva a cabo libremente, además de la responsabilidad implícita al llevar cabo el compromiso. Es decir, toda la carga psicológica y moral que conlleva lo acordado, y la capacidad de responder por sí mismo, cualidad única de los hombres.

De todo lo anterior, se puede concluir que la promesa es un instrumento que abre la puerta para hablar de señóramiento, pues de ella surge la motivación del hombre para hacerse dueño de sí, puesto que, para que se contraiga una promesa el hombre debe poseer en primer lugar, una auténtica voluntad, de carácter incorruptible la cual sea consciente de las implicaciones que trae consigo empeñar la voluntad. En segundo lugar, la responsabilidad que es propia del hombre que ha comprometido su voluntad en función de una promesa. Y en tercer lugar, una conciencia de libertad, ya que un individuo que es dueño de sí no se encuentra bajo ninguna atadura o perjuicio en momento de comprometer su voluntad, en otras palabras, es auto elegido. Por lo tanto, la promesa permite el señóro de los hombres, da pie para que se conviertan en señor de sí pues potencia las facultades que son propias de ese hombre que ha vencido las barreras que la misma sociedad le ha impuesto.

### **Tercer capítulo: Olvido y promesas, fuerzas activas y reactivas**

Desde la perspectiva de Nietzsche se ha mostrado cómo la promesa está inscrita en las relaciones sociales como la capacidad de ponerse de acuerdo en la construcción de las distintas categorías discursivas y aceptarlas como verdaderas, además de las implicaciones que tiene como son en primer lugar, la negación de las perspectivas individuales del mundo y acoger la visión colectivizada de la realidad, en segundo lugar, la negación de la animalidad, es decir, negar que el hombre es un ser sensitivo, y en tercer lugar, producto de lo anterior, obtener un hombre racional que sigue los lineamientos establecidos. Para mostrar cómo la promesa permite la apertura hacia el señoreamiento del hombre, es decir, un individuo dueño de sí el cual posee una medida de valor con la cual tasa a sus semejantes desde sí y está facultado para pactar promesas.

Ahora bien, este último capítulo tiene la pretensión de exponer -de acuerdo con Nietzsche- que los hombres están compuestos por un conjunto de fuerzas activas y reactivas que se encuentran dentro de los mismos, y dichas fuerzas mantienen una constante lucha por imponerse unas sobre las otras. Para esto, es necesario precisar en qué consisten cada una de estas fuerzas, la relación que guardan entre ellas y el impacto que causan en la existencia del hombre. A partir de esto, explicar cómo la fuerza del olvido primera instancia, es una fuerza activa que abre camino para que se puedan adquirir nuevas experiencias y brindar una disposición hacia el cambio. Y en segunda instancia, mostrar su manifestación reactiva, pues cuando está establecido un sistema (social, político o cultural) el hombre en su afán de preservarlo se ve forzado a olvidar lo que coloca en riesgo el sistema, lo cual es propio del hombre racional.

Además exponer cómo la promesa ostenta la dualidad de ser una fuerza activa o reactiva dependiendo las circunstancias, puesto que, el hombre puede comprometer su voluntad para propiciar un cambio, imponer dominio, lo cual ocurre cuando la promesa contiene una carga moral, ya que persigue una transformación con quien se contrae una promesa, o, por el contrario, establecer una regularidad o un orden sobre algo, por ejemplo; cuando empeña su voluntad y responsabilidad para hacer un correcto uso del lenguaje que se ha acordado por los miembros de la sociedad olvidando las singularidad de cada percepción. Todo lo anterior, desemboca en que sólo el hombre que es dueño de sí mismo es capaz de mantener su palabra tanto en el olvido como en la promesa, pues en él es evidencia una libertad que no se está coaccionada o limitada de algún modo que impida una libre elección.

### **3.1 Fuerzas activas y reactivas**

El concepto fuerza para Nietzsche está vinculado a las tensiones que existen en el hombre ya sea para propiciar un cambio, o por el contrario, preservar un orden, (Nietzsche, 1994) lo cual está asociado con la voluntad de poder en el sentido que es elemento que otorga cualidad a la fuerza. Debido a ello, en Nietzsche se comprende que en el hombre coexisten un conjunto de fuerzas que están en constante pugna por imponerse unas sobre las otras, bien entendidas, estas fuerzas siempre buscan la superación de unas sobre las otras, aun así, las fuerzas sostienen una relación de jerarquización y dominación que rigen la vida de todos los hombres durante toda su existencia. A saber, esta relación de jerarquización Nietzsche las denomina como fuerzas activas y fuerzas reactivas, las primeras siempre están en la búsqueda del cambio, es decir, persiguen la transformación, contraria a estas, las segundas buscan preservar lo que ya está establecido.

Un autor como Deleuze (1986) plasma muy bien esta idea cuando afirma que:

[...] las fuerzas dominantes o superiores se llaman activas, las fuerzas inferiores o dominadas, reactivas. Activo y reactivo son precisamente las cualidades originales, que expresan una relación de fuerza con la fuerza. Porque las fuerzas que entran en relación no poseen cantidad, sin que al mismo tiempo cada una deje de tener la calidad que corresponde a su diferencia como tal. (p.61)

De esto se infiere que, entre estas fuerzas existe una relación dominación y subordinación en donde pueden dominar o ser dominadas dependiendo de las cualidades y cantidades de poder que posean. Dentro de este contexto, las fuerzas reactivas son preponderantemente inferiores, puesto que, a pesar de tener una fuerza y una cantidad determinada no buscan el poder sino la preservación. Siguiendo a Deleuze (1986): “la fuerzas inferiores se definen como reactivas: no pierden nada de su fuerza, la ejercen asegurando los mecanismos y las finalidades, ocupándose de las condiciones de vida y de las funciones, las tareas de conservación, de adaptación y de utilidad” (p.61) es decir, la pretensión primordial de las fuerzas reactivas son las regularidades, pues tienden conservar lo que ya está establecido, bien entendido, están en la búsqueda de un orden.

Por el contrario, las fuerzas activas originan o provocan un cambio, es decir, a diferencia de las fuerzas reactivas estas fuerzas incitan a la acción, a la transformación, además buscan apropiarse, dominar o subyugar, pues son fuerzas que están el constante ejercicio del poder. En esa medida, se puede afirmar que las fuerzas activas preparan o incentivan al hombre para un posible cambio, esto apunta a que, desde esta perspectiva las fuerzas activas siempre persiguen como fin último imponer nuevas formas de asumir la realidad a partir de las circunstancias.

Sintetizando todo lo dicho hasta el momento, las fuerzas activas y reactivas desde esta primera óptica se presentan con unas grandes diferencias o antagonismos, pues sus finalidades y labores son totalmente distintas, siguiendo a Hidalgo (2013) cuando afirma que:

[...] el papel desempeñado por las fuerzas activas es la precipitar la acción, para que por medio de ellas el hombre pueda realizar una adaptación rápida y efectiva frente a lo nuevo, frente a lo que está surgiendo o está porvenir. Otro es el papel cumplido por las fuerzas reactivas, cuya función es la de retardar la acción a fin de preservar el estado o de conservación ya existente. (p.63)

Sin embargo, está frontera que se acaba de trazar no es tan tajante como se presenta porque las fuerzas activas cuando logran imponerse se convierten en fuerzas reactivas, es decir, pasan a un segundo plano, a razón de que, una vez alcanzado su cometido deben preservar el cambio, lo cual causa un desvanecimiento de su fuerza, en consecuencia, el potencial transformador de las fuerzas activas se pierde, seguido a esto, su poder de subyugar se ha desvanecido. Es aquí donde desaparece la diferencia entre las fuerzas activas y reactivas, ya que ocurre un proceso de “asimilación” por parte de lo reactivo a lo activo.

Por lo tanto, más que una diferencia entre estas fuerzas existe una relación de alternancia e implicaciones donde las fuerzas activas son atrapadas por las reactivas provocando que sean inoperantes y relegándolas a un segundo plano, ya que:

[...] cuando las fuerzas reactivas <<capturan>> a las activas, haciéndolas inoperantes o reactivas de segundo grado, entonces se puede ver con ello una especie de disolución de la diferencia llevada a cabo no por la igualación de potencias, sino por la inactividad de las fuerzas. (Hidalgo, 2013, p.65)

En este sentido, las fuerzas reactivas eventualmente despojan de su investidura a las fuerzas activas, pues en la búsqueda de preservar el cambio que las fuerzas activas han ocasionado son asimiladas por las fuerzas reactivas y son relegadas a un segundo plano, y esto se debe a la inoperatividad de las fuerzas activas una vez cumple su propósito.

En resumen, las fuerzas activas y las fuerzas reactivas configuran al hombre a pesar de estar en constante lucha, se puede interpretar esta dualidad planteada desde la confrontación entre el

hombre racional como una fuerza reactiva que trata de establecer regularidades en el mundo utilizando el lenguaje conceptual y el hombre sensitivo como una fuerza activa que constantemente se encuentra en la búsqueda de la transformación de la realidad. Es decir, comprender la realidad desde nuevas categorías. Por ende, cuando el potencial de transformación del hombre intuitivo logra imponerse de inmediato es subyugado por la fuerza reactiva del hombre racional a favor de preservar lo alcanzado las fuerzas reactivas normalizan el cambio ocasionado por las fuerzas activas.

### **3.2 Forma activa y reactiva del olvido**

Una vez planteado que se entiende por fuerzas (activas y reactivas) dentro de la concepción nietzscheana es menester precisar el papel que cumplen dentro de una fuerza como es el olvido, pues dicha fuerza puede ser entendida de dos maneras: de forma activa y forma reactiva. Estas dos formas son de vital importancia en la existencia misma del hombre, puesto que, como se ha teorizado líneas arriba, es a partir de estas fuerzas el hombre se construye como individuo y miembro de la sociedad.

Ahora bien, en *La Genealogía de la Moral* Nietzsche afirma que el olvido es la fuerza más “activa” y “positiva” que tiene el ser humano, sin la cual no puede avanzar, dado que, esta fuerza filtra las experiencias vividas para que el hombre tenga puerta abierta hacia lo nuevo, es decir, hacia el cambio. En este sentido, el olvido se muestra como una fuerza estrictamente positiva, o bien entendida, es una fuerza dominante que siempre está presente en el hombre pues el olvido es una condición natural de la especie humana.

Sin embargo, como advertimos el olvido tiene una forma reactiva, dicha forma se presenta cuando el hombre olvida en pro de conservar un orden establecido, así pues, la forma reactiva del olvido se encuentra presente en cuando el hombre intenta integrarse a la sociedad. Y la sociedad

para hacer al hombre igual entre iguales impone como condición de posibilidad para ser miembro de ella olvidar varios aspectos básicos de la condición humana, los más importantes a resaltar son en primer lugar, el olvido de las percepciones particulares de sí y del mundo para favoreciendo la construcción colectiva del saber, en últimas, la génesis del conocimiento. En segundo lugar, el olvido de la animalidad, del instinto y de la sensación para favorecer un estilo de vida racional, y a partir de esto, el hombre empieza a pensarse como un ser moderno. Y en tercer lugar, cuando el olvido es anulado de manera consciente se crea una memoria en pro de que el hombre cumpla una promesa y recuerde el empeño su voluntad y responsabilidad. Así pues, las formas reactivas del olvido están íntimamente con la eticidad de las costumbres, puesto que busca es hacer a los hombres “iguales” a pesar de las diferencias existentes.

A la luz de esta consideración, se puede decir que el olvido a pesar de ser una fuerza activa en la mayoría de los casos también posee una forma reactiva, dicha forma es manifiesta cuando ocurre la negación de la animalidad o el olvido de las percepciones para favorecer la idea colectiva de sociedad. En la promesa el olvido es consciente, pues se necesita recordar lo prometido, en esa medida, el olvido es despojado de su poder para priorizar el endeudamiento de la voluntad en función de cumplir lo acordado. Esto conlleva a decir que, sólo un hombre que es dueño de sí, que se le reconoce un enseñoramiento caracterizado por una conciencia de libertad es capaz de “desactivar” el olvido para infringirse una memoria para recordar el haber comprometido su voluntad en función de cumplir una promesa.

### **3.3 Forma activa y reactiva de la promesa**

Como se ha mencionado anteriormente, la promesa es la facultad que ostenta el hombre de endeudarse con sus semejantes. Ahora bien, la promesa al igual que el olvido es una fuerza tiene un componente activo y reactivo los cuales se manifiestan según las circunstancias, ya que

dependiendo el tipo de promesa que lleve a cabo puede ser para provocar una transformación, o por el contrario, conservar lo que está imperante.

Una de las manifestaciones reactivas de la promesa se denota cuando el hombre realiza un compromiso con la sociedad para acatar las leyes y normas que la rigen con la finalidad de garantizarse un lugar dentro del cuerpo social. En otras palabras, el hombre compromete su voluntad en seguir un conjunto de reglas para “regular” su vida dentro de la estructura social la cual le brinda el estatus de ciudadano, ya que reconoce, acepta y contrae una promesa en favor de preservar el sistema del que es partícipe. Otra manifestación de esta fuerza en estado reactivo es cuando deja en el olvido la percepción singular e individualizada de lo que se presenta en la realidad para favorecer la construcción de los conceptos dando vida al conocimiento y el lenguaje unificado con la firme pretensión de absoluto e invariable. En consecuencia, la forma reactiva de la promesa sirve a lo que útil y valioso para la sociedad y la ciencia.

De esto, se puede decir la forma reactiva de la promesa coincide con la anulación del olvido como una fuerza activa, pues al crear una memoria el olvido (activo) es despojado de su poder, de su fuerza para dar paso a una memoria que permita recordar el endeudamiento de la voluntad y las consecuencias del empeño de la misma.

Por otro lado, la forma activa la promesa coincide con el olvido para engendrar un cambio, dado que, el olvido en su forma activa otorga espacio para lo nuevo, por tal motivo, es menester que exista una voluntad para olvidar, puesto que, el hombre que posee una voluntad de poder se le reconoce un ejercicio de libertad y una plena conciencia de sus actos es capaz de realizar un uso activo del olvido, pues olvidar implica la superación de dolor. De esto, se puede afirmar que en el hombre enseñoreado se evidencia una verdadera voluntad ya sea para olvido o contraer una promesa y tiene la caracteriza de ser empleada de manera libre, además de una conciencia que

lleva presente responsabilidad que ha adquirido.

## Conclusiones

A la luz de las consideraciones planteadas es posible apreciar la promesa como parte integral de la vida de todos los hombres, sobretodo, la importancia de ocasionar el enseñoreo del hombre desde la perspectiva de Nietzsche. La promesa es indisociable de la vida en sociedad pues se ha mostrado que es una herramienta útil y necesaria para el mutuo acuerdo entre los hombres, y por supuesto, mostrando la promesa como la facultad de comprometer la voluntad y responsabilidad cualidades es exclusivas de los seres humanos.

Ahora bien, de la tarea de mostrar la promesa como la facultad que permite a los hombres ser dueños de sí se expuso en primera instancia, la relación existente entre el lenguaje y la promesa tomando como punto de partida la construcción de verdades a partir del lenguaje desde la óptica nietzscheana, como se ha visto, en la construcción de conocimientos y verdades se utiliza el lenguaje como herramienta principal para representar lo que se considera útil y valioso. Para esto, desde la sociedad por medio del acuerdo definen las categorías conceptuales que se deben tomar por verdaderas para dar sentido a la realidad y colocar el mundo a la medida humana, es decir, la sociedad a través de sus miembros estipula cuales son los discursos que se manejan como fuente de conocimiento. En palabras de Nietzsche se crean “cielos conceptuales” que sirven de soporte a la ciencia y la filosofía para instaurar discursos de carácter intemporal e inmodificable. No obstante, la obtención de conocimiento a través de estos cielos conceptuales coacciona las percepciones particulares del hombre y de su entorno. Pues al acogerse a las categorías conceptuales establecidas y aceptarlas como productoras de conocimiento, del mismo modo, renuncia a la visión individualizada de sí mismo y de la realidad, es este sentido, lo que llamamos conocimiento son contratos lingüísticos que se validan como fuente de episteme.

Por la razón anteriormente mencionada, es vital la importancia la promesa pues permite que se legitime dicha forma de obtención conocimiento a través del lenguaje, puesto que, es indispensable para la validación del lenguaje como fuente epistémica que los hombres comprometan su voluntad y responsabilidad con la utilización de los conceptos desde dos aspecto esenciales que son en primer lugar, el uso adecuado de las categorías discursivas establecidas socialmente. A saber, el hombre al aspirar a cohesionar con la sociedad debe abrazar el discurso imperante de forma consciente, en otras palabras, voluntariamente. Y segundo lugar, la negación de sus percepciones particulares como fuente de conocimiento, dado que, dichas percepciones poseen un fuerte componente individual lo cual violenta la idea colectiva del saber.

Aquí se muestra el antagonismo entre el hombre racional y el hombre sensitivo, dado que, el hombre racional prima la idea de la categorización de la realidad por medio de los conceptos y así generar conocimiento. Este precepto es el sustento primordial de la ciencia, ya que ésta busca la jerarquización y cuantificación del conocimiento. Contrario a ello, el hombre sensitivo se sirve de las percepciones de sí y del mundo para adquirir conocimiento y tiene una visión particular la vida. Aunque estén contraposición el hombre racional y el hombre sensitivo guardan una relación en cuanto los dos modelos (racional y sensitivo) configuran al hombre moderno. Por consiguiente -para Nietzsche- lo racional y lo sensitivo son dos fuerzas que se confrontan y coexisten en el hombre, lo racional como una fuerza reactiva que siempre busca preservar un orden y lo sensitivo como una fuerza activa que en la constante búsqueda el cambio, de la transformación.

En segunda instancia, la relación estrecha de la moralidad con la promesa entendida como la facultad que poseen los hombres de comprometer su voluntad y responsabilidad en función de

empeñar su palabra. Para que este vínculo entre la moral con la promesa sea posible desde Nietzsche es indispensable combatir a la fuerza del olvido, pues esta capacidad de procesar experiencias debe quedar inhabilitada en los casos donde el hombre voluntariamente compromete su palabra, es decir, donde se realiza una promesa, de este modo, cuando se suspende el proceso del olvido se origina dentro del hombre una memoria que se encarga de retener el compromiso adquirido. Por lo tanto, la memoria se haya en contraposición al olvido en el momento que el hombre lleva a cabo una promesa. Conviene señalar, la memoria se encuentra ligada al dolor, puesto que –de acuerdo con Nietzsche- para que algo quede grabado en la memoria se debe infringir dolor tanto como sea necesario para se mantenga presente lo prometido. En esta dirección, cada vez que se realiza una promesa subyace la necesidad de una memoria recordando el endeudamiento.

También cabe resaltar que, la memoria además de recordar el empeño de la palabra, también en los casos donde la promesa no llega a ser cumplida por parte del deudor, el acreedor por la memoria de lo pactado se le otorga un derecho a ser compensado, a saber, esta compensación tiene su función en cuanto se asegura una retribución y derecho a ser cruel. La crueldad entendida como infringir dolor para recordar la falta cometida, del mismo modo, el acreedor posee el derecho de ser cruel por placer en grado sumo, es decir, existe una relación entre la satisfacción o bienestar de la retribución y la felicidad de causar el dolor.

Por otra parte, la sociedad en favor de propiciar las condiciones necesarias para hacer una promesa entre sus miembros, fue mostrado –desde Nietzsche- realiza un trabajo de preparación para hacer al hombre de igual entre iguales, dicho de otra forma, con la misma medida de valor, lo que implica que los hombres compartan las mismas categorías discursivas las cuales representan lo que es beneficioso e indispensable para la sociedad. No obstante, forjar a todos los

hombres con la misma medida de valor sugiere que sean seres predecibles, calculables y maleables, a causa de ello, el hombre olvida su animalidad y las percepciones individualizadas de la realidad. Teniendo en cuenta que, la negación de la animalidad tiene dos aspectos a considerar, el primero, el desprendimiento de su animalidad no es pacífico sino violento, pues cuando empieza a pensarse como un ser racional rompe con su pasado animal, y el segundo, olvidar que es un ser sensitivo el cual puede interpretar la realidad desde sus propias categorías.

De todo lo anterior, el hombre por medio de la promesa no solo establece acuerdos con sus semejantes sino también con la sociedad, ya que a cambio de comprometer su voluntad con ella goza de los beneficios que ofrece. Ahora bien, del proceso de educar a los hombres para que operen bajo los mismos preceptos sociales y morales se obtiene –en palabras de Nietzsche- un “individuo soberano” capaz de realizar promesas. El hombre soberano se le reconoce una medida de valor propia, es decir, tasa a sus semejantes desde sí, también posee una voluntad de poder de carácter inquebrantable e incorruptible, y conciencia la responsabilidad que encarna comprometer la palabra. En consecuencia, el hombre enseñoreado está facultado para hacer promesas pues su medida de valor es su palabra. Por lo tanto, se muestra a la promesa como la fuerza que impulsa al hombre enseñorearse, ya que para empeñar la voluntad el hombre necesita estar enseñoreado de sí.

Y en tercera instancia, en esta línea argumentativa de la promesa como la llave que acciona el enseñoramiento, se plantea que el hombre soberano sostiene su palabra tanto en la promesa como en el olvido. Para ello, -desde Nietzsche- se evidencia el olvido y la promesa como dos fuerzas que no están necesariamente en contraposición. Se observa que el olvido aparte de poseer un componente activo que está caracterizado por incentivar o propiciar el cambio y abrir espacio para lo nuevo dependiendo las circunstancias puede ser reactivo, ciertamente, esto se denota al

momento en que el hombre compromete su voluntad para entenderse y comportarse como un ser racional, es decir, el hombre en la medida que se comporta y asume la racionalidad olvida gradualmente lo que es, un animal, y esto, muestra la forma reactiva del olvido, sin lugar a dudas, la preservación de lo racional implica el abandono de la animalidad.

En relación, la manifestación reactiva del olvido coincide con la promesa en igual forma, dado que, el hombre al momento que decide olvidar de manera consciente compromete su palabra para salvaguardar lo establecido, dicho de otro modo, realiza una promesa en favor de preservar, esto quiere decir, necesita una voluntad para mantener presente lo acordado. Del mismo modo, la forma activa del olvido y la promesa están estrechamente vinculadas pues en aras de buscar una transformación se necesita que haya una voluntad para olvidar. Por lo tanto, sólo el hombre soberano que se le reconoce una voluntad libre e inquebrantable sostiene su palabra tanto en el olvido como en la promesa.

Se concluye de todo lo dicho anteriormente, que la promesa es el elemento fundamental para propiciar el señorío de los hombres, pues para acceder a la promesa es primordial que el hombre sea dueño de sí, que se le reconozca una voluntad duradera e inquebrantable, posea su propia medida de valor y pueda adquirir compromisos de forma libre. En otras palabras, sea dueño de su palabra.

## Bibliografía

- Brandes, Georg. (2004) *Nietzsche, un ensayo sobre el radicalismo aristocrático*. México: Editorial Sexto piso.
- Deleuze, Gilles. (2002) *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Hidalgo, Sandra (2009) *Lenguaje, ciencia y realidad en el pensamiento de Nietzsche*. Cartagena, Colombia: Universidad de Cartagena.
- Hidalgo, S. (2013) *La afirmación de la individualidad. Un modelo alternativo de eticidad en Nietzsche*. Cartagena, Colombia: Editorial Alpha.
- Lemm, Vanessa (2009a) *La filosofía animal de Nietzsche*. Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Nietzsche, Friedrich. (1994) *Fragmentos póstumos*. Barcelona: Editorial Edhasa.
- Nietzsche, F. (2000) *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid, España: Editorial Tecnos.
- Nietzsche, F. Editor: De Santiago Guervós, Luis Enrique. (2000a) *Nietzsche, Friedrich: Escritos sobre retórica*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- Nietzsche, F. (2000b) *La genealogía de la moral*. Madrid, España: Editorial Alianza.